Ante tal espectáculo, suspiré y miré hacia el cielo, otra nueva maravilla descubrí: una enorme nube blanca tenía la misma forma de la piedra y alrededor de ella, pequeñas nubecillas a las hormigas copiaban. Parecía que el cielo retrataba el hecho para guardarlo después en el archivo de los milagros naturales. Todo esto me habló de un poder divino trasmitido a los seres de la Tierra para ser mejores, iguales e invencibles. El sol me salpicó de luz y una pregunta quedó en el aire suspendida: ¿por qué las humanas sociedades no aprovechan el divino instinto que gobierna a plantas y animales?

EL MAYOR TESORO

Ahora que su esposo había muerto, Esthela sentía que se le encogía el corazón, como se encoge un resorte cuando recibe el peso de un objeto. Parecía que le faltaba el aire y que no podía ordenar el carrusel de pensamientos que pasaba por su mente.

Era injusto, pensaba, que Manuel muriera repentinamente, cuando gozaba de fortaleza física y buena salud. Por qué tenía que morir dejándola con tres hijos jóvenes, en plena preparación profesional. Por qué dejarla a ella con tan grande responsabilidad y con bienes que no sabía cómo manejar. Había sido una esposa modelo, dedicada al hogar y a las reuniones sociales y alejada de los negocios de su marido. Creía que el peso de esta pena la aplastaba. Absorta, apenas distinguió la voz que la llamaba.

-Esthela, te traje un té.

-Gracias Amparo

Le dio un sorbo y el sabor de la manzanilla diluyó sus amargos pensamientos, poniendo al fin su mente en otra cosa:

-¿Ya se fueron todos?

-Sí, y ya ves que vino poca gente; tal vez porque fue el último rosario –comentó Amparo.

-¿Hablaste con el Padre Néstor, para lo del triduo?

-Sí Esthela, el martes es la primera misa. Ya descansa, Manuel se fue pero la vida tiene que seguir. No pienses en el futuro.

Amparo decía esas palabras porque ella vivía en un presente eterno. El pasado lo dejaba volar, como se suelta a un canario de su jaula y del futuro no tenía ni idea de lo que era, para ella era como encender la televisión para ver qué hay.

Después de decirle buenas noches a su hermana, Amparo salió al patio y se dirigió a su casa, la casa antigua que fue de sus padres y abuelos y que le correspondía habitar a ella por ser la única soltera de la familia.

Al casarse Esthela, Manuel le construyó una casa junto a la de sus suegros, quedando el patio compartido; ese inmenso patio poblado de naranjos, higueras y nogales como todos los patios de San Alberto y que en aquella noche de agosto se salpicaba de luciérnagas.

Los otros hermanos, Federico y Carlos, vivían en Monterrey y sólo habían venido al entierro de su cuñado sin prolongar su estancia, porque tenían que trabajar.

Amparo abrió hacia afuera la puerta de tela y empujó las dos hojas de la otra antigua puerta de mezquite, que conducía a la sala. Ya en su recámara se quedó profundamente dormida. La que no podía dormir era Esthela, recordando una de las frases de Amparo: "No pienses en el futuro": Cómo se atrevía a decirle eso, cuando quedaba viuda y con tres hijos estudiando en Monterrey. ¡Qué desconsiderada! Ella tenía que asegurarlos, verlos casados y con hijos, pero esta viudez la había tomado por sorpresa y la angustiaba.

Precisamente, lo que más le preocupaba era el futuro. De pronto, Esthela absolvió a Amparo: "Ella está soltera y no tiene de qué preocuparse", pensó. En eso estaba cuando apareció su hija Claudia, quien le habló con voz cansada:

-Ya acuéstate mamá, es tarde.

La tarde del día siguiente, Esthela despedía a sus hijos que abordaban el shadow azul modelo 92 que les había comprado Manuel. La tía Amparo les entregaba un rollo de carne seca y tortillas de harina que había preparado ella misma con tanto esmero.

Esthela y Amparo empequeñecían ante los ojos de Claudia, que volteaba al decirles adiós desde el asiento trasero del carro que manejaba Felipe, el hermano mayor, y que se alejaba ante el desenfado de Jorge, el copiloto. Mañana iniciarían otro semestre más.

Ya dentro de la casa, Amparo preguntó:

-¿Cómo te sientes?

-Mejor –dijo Esthela con cierta convicción- Ven, vamos a la cocina; mientras nos tomamos un café, quiero contarte algo que se me ha ocurrido.

Bajo el tenue sonido del abanico de techo Esthela le recordó a Amparo aquella vieja historia que su madre les había contado cuando niñas: "Durante la revolución, mamá Aurelia enterró algo en el patio, nunca supimos si fueron joyas, monedas o qué.

Lo único que decía era que lo había enterrado junto a la parra y que era su mayor tesoro, que no quería exponerlo al pillaje de los revolucionarios". Pero ni Amparo ni Esthela conocieron jamás en qué lugar había estado la parra, pues para cuando nacieron ya no había ninguna.

Amparo no mostraba interés en el tema y Esthela insistía en recuperar ese tesoro perdido.

-Pero Esthela, no tienes que andar buscando nada. Tienes suficiente dinero para que vivan tú y tus hijos.

-Mira Amparo, ya lo pensé bien, voy a vender el rancho porque no sé cómo administrarlo. Tampoco quiero que mis hijos regresen al pueblo después de haber estudiado en el Tec.

La discusión siguió y Amparo no tuvo más remedio que aceptar la curiosidad de su hermana. Además, era lo que estaba pasando en ese momento y tenía que vivirlo. Esthela siguió reconstruyendo el pasado a fuerza de su memoria y su interés creció de modo que al siguiente día fue a la casa materna a revisar todo el patrimonio documental de sus ancestros. Amparo tenía una castaña llena de fotografías, cartas y algunos otros recuerdos, que sólo abría una vez al año para sacudir o revisar que no tuviera polilla. Después de remover algunos restos de alcanfor, Esthela vio todas las fotografías y leyó cartas, escrituras de terrenos y hasta libros de contabilidad en busca de algún indicio. Pero nada encontró, no vio ninguna parra en las fotos tomadas en el patio ni leyó algo sobre algún tesoro escondido.

-Debe estar enterrado cerca de esta casa, no creo que la abuela lo haya escondido en el fondo del patio; porque además no había barda de piedra, sino una empalizada y podían haberla visto –le comentaba a Amparo con habilidad deductiva.

-Tal vez –contestó escéptica Amparo.

-Además, no creo que haya escarbado tan hondo por ser mujer.

-¡Ay Esthela! –suspiró amparo.

Y Esthela terminó por llevarse la castaña a su casa para revisar todo con más calma. Era como armar un rompecabezas, pero con la desgracia de que faltaba la pieza clave.

El sábado siguiente, al llegar de Monterrey Felipe, Claudia y Jorge se sorprendieron de ver la gran cantidad de pozos y montones de tierra que había por casi todo el patio.

-¡Conejos!

-¿Explotó alguna tubería?

-¡Árboles, pero no los veo sembrados!

Exponían sus conjeturas los tres, cuando su madre les advirtió:

-¡Calma, muchachos! Yo les explicaré todo.

Y fue durante la comida cuando Esthela les contó lo del tesoro de su abuela, exponiendo los motivos por los que había llegado a realizar semejante estropicio.

-Mamá, pero parece que cayeron misiles –dijo Claudia.

-¡No seas exagerada! –gruñó Jorge.

La tía Amparo, que había comido con ellos, solicitó comprensión para su hermana. Poco a poco los hijos se fueron involucrando en el asunto, menos Felipe, quien estaba tan enamorado como para atender historias anticuarias. Por eso mejor los dejó hablando y se fue a llamar por teléfono a su novia. La plática terminó en el patio, tratando de adivinar dónde estaba la parra.

-Yo creo que esa planta, por no ser de la región, requería de especial cuidado y debía haber estado cerca de la casa –señalaba Claudia, la futura bióloga.

-Lo mejor será que compremos un detector de metales –comentó Jorge, el preparatoriano y agregó-. Podemos ir a Mc. Allen mañana.

-Yo no me atrevería a salir aún –anunció Esthela señalando su vestido negro.

-No se impacienten, podrán ir con más calma la próxima semana –observó la tía Amparo.

Siguieron platicando y llegaron a la conclusión de que había que emparejar la tierra, pues qué diría algún visitante si llegara a asomarse hacia el patio. De pronto, por la mente de Claudia cruzó un brillante recuerdo.

-¡Ya sé! Mamá tú me contaste hace mucho que cuando el tío Carlos era niño, había visto una lumbre.

-¿Y eso qué? –preguntó el ignorante de Jorge.

-¡Ay, pues cuando alguien ve fuegos extraños, es que hay dinero enterrado! –enfatizó Claudia.

-Pues yo no sabía –se disculpó Jorge

-A eso le llaman relaciones –dijo Esthela.

-¡Pues ojalá que no sean peligrosas! –exclamó Jorge.

-¡Mucho cine! –sonrió Claudia y agregó-. Mamá, lo mejor será que, con cierto disimulo, le hables al tío Carlos para que te diga dónde vio la lumbre; sirve que descuelgues a Felipe porque si no vas a ver cómo te llega el recibo.

Ya con el patio en orden, a la semana siguiente, ni el tío Carlos se acordaba de haber visto una lumbre ni el aparato detectó tesoro alguno. Esthela, al borde de la obsesión, les contó a todos que había soñado a sus padres, a la abuela Aurelia, a sus tíos, primos y demás familiares fallecidos. Les dijo que un tío Fernando, que había terminado sus días en Chicago, le platicó en sueños que la abuela había enterrado varios lingotes de oro, de los que abundaban en aquellos tiempos. Y esto podía ser posible, suponía Esthela, ya que el bisabuelo, Don José Méndez y Ortega, había sido un terrateniente muy acaudalado de la región.

Por su parte, Claudia suponía que la abuela Aurelia tenía que haber enterrado objetos de uso personal, ya que lo llamaba "el mayor tesoro".

Además, revisando unas fotografías, observó que la abuela Aurelia portaba aretes, pulseras, anillos y dijes de oro que nadie había heredado. Tenía que ser eso.

Jorge, en cambio, soñaba con centenarios o monedas antiguas. No desechaba la posibilidad de que fueran dólares del siglo pasado.

Cuando el detector de metales descubrió corcholatas, clavos enmohecidos y restos de alambres, el equipo investigador llegó a la conclusión de que se trataba de un pesado baúl de madera o de una gran tinaja de barro; ambos, gruesos objetos que no dejaban pasar la detección. Sólo la tía Amparo, que no le interesaba ni el futuro ni el pasado y Felipe, que vivía el momento, no participaron en las indagaciones.

Ya habían pasado dos meses y el famoso tesoro no aparecía. Nadie recordaba la parra y ninguna hipótesis era lo suficientemente fuerte como para cavar un hoyo en tal o cual lugar.